

ESPORA



RELATO

POESÍA

ENSAYO

NO.
28



Lo único que la tía transigía en utilizar en la creación de las muñecas sin que estuviese hecho por ella, eran las bolas de los ojos. Se los enviaban por correo desde Europa en todos los colores, pero la tía los consideraba inservibles hasta no haberlos dejado sumergidos durante un número de días en el fondo de la quebrada para que aprendiesen a reconocer el más leve movimiento de las antenas de las chágaras ».

LA MUÑECA MENOR, ROSARIO FERRÉ

CARTA EDITORIAL

...

Ante toda pretensión de existir como unidades en abandono, recordar que se escribe en un diálogo contradictorio, atemporal, ruidoso, difuso. Con las voces desde este número he aprendido a leer. He aprendido a su vez, no a decirme, sino a decirnos mano a mano, pluma a pluma.

Compartimos apenas unas cuantas palabras pescadas de otras voces en las que no sabemos y que nos han ayudado a sabernos, a sentirnos. Nuestro mito el diálogo, nuestro rito escucharnos. Cuando se agoten esas palabras, habrá otras.

No tenemos en común, hemos hecho y sentido en común. Entre naturalezas muertas, muertes; en los intersticios espaciales y temporales; debajo del ruido y sobre toda amenaza de silencio, seguimos conversando.

En conjunto hemos dado sentido a un pasado e intentado entender este día. El espacio de la carta editorial ahora será compartido entre tres mujeres con quienes he sentido y leído. Seguiremos haciendo comunidad. Tan importantes como la página: el aula, la mesa, las tazas, nuestras pantallas. Tendremos aún esas conversaciones sin tiempo en las que somos.

Verónica Meneses, Jefa editora

DIRECTORIO

Editor responsable
Clemencia Corte Velasco

Editora responsable de este número
Verónica Meneses Pérez

Consejo Editorial
Ana Luisa Arcaraz Vega
Sergio Antonio Santillán Parra
Verónica Meneses Pérez
María José Martínez Díaz
Paulina Meyer Cal y Mayor
Carolina Aranda Cruz
Daniela Navarrete
Diana Rojas Ruiz
María Paulina Martínez Velázquez
José Carlos Antonio Colohua
Anaid Amanda Macías Herrera

Dirección de diseño
Samia del Carmen Rojas Mena

Diseño
Paola Duhalt Vázquez
Elvira Cornish Macías
Ana Mónica Jiménez Nava
Triana Abraham Haces
María Guzmán González
Daniela Andreina Chacón Ramírez
María Mena Ponce de León

Comunicación
José Carlos Antonio Colohua

Colaboradores
Montserrat Flores Castelán
Paulina Meyer
Mapi Díaz
Diana Rojas
Lina Martínez
Paula Gutiérrez Ramírez
Daniela Navarrete
Sergio Santillán
Carolina Aranda Cruz
Fernanda González
Beatricia Braque
Ana Arcaraz
María José Andrade Gabiño

Portada
María Mena Ponce de León

ESFORA, Año 5 No. 28, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Verónica Meneses Pérez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 3 de marzo del 2021. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA
NÚMERO 28

RELATO

POESÍA

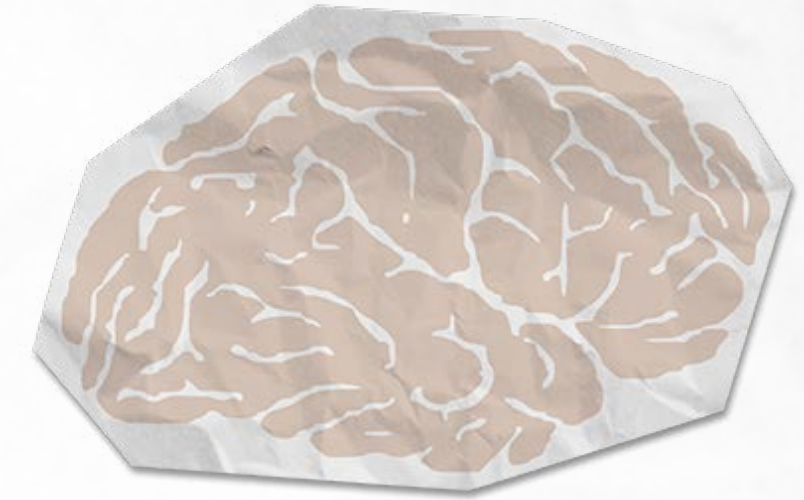
ENSAYO

ÍNDICE

- 6** **Genealogía de una memoria**
Montserrat Flores Castelán
- 11** **Cuento de un suburbio**
Paulina Meyer
- 14** **Gioc**
Mapi Díaz
- 15** **No llegues tarde**
Diana Rojas
- 16** **Sala Principal**
Lina Martínez
- 18** **Momento de color**
Paulina Gutiérrez Ramírez
- 20** **Astenia**
Daniela Navarrete
- 22** **Microficción I**
Sergio Santillán
- 23** **Nudo**
Carolina Aranda Cruz
- 24** **una para mí**
Fernanda González
- 25** **alpha draconis**
Beatricia Braque
- 26** **Las teclas de mi piano**
Ana Arcaraz
- 28** **Cinco diez**
María José Andrade Gabiño

Montserrat Flores Castelán
Puebla, México

GENEALOGÍA DE ~~UNA MEMORIA~~



6

Desde hace días no puedo dejar de sentirme exhausta. Es un cansancio que se albergó en mí y que siento echar raíces, expandirse. No está solo, lo que lo vuelve aterrador. A veces la angustia, a veces la tristeza, casi siempre inseguridad. Las tareas se acumulan en *post its*. Tardo más de lo que quisiera en tachar solo una. Completo una pero tengo dos más. No cesan su reproducción. La espalda, las nalgas, el cuello me duelen. Los ojos me arden. El dolor físico es progresivo. Sin embargo, no puedo descansar porque el tiempo corre y las fechas límites cada vez se ven más cerca. *Descansa. Tómate un respiro. Trabajas mucho. Ponte a ti primero.* Todas tienen sugerencias para mi fatiga interminable. Sé que son consejos que vienen desde una buena intención, pero no entienden que no se puede parar. No se puede parar la producción, ni el sentir, ni las lágrimas que explotan cuando recuerdo todo lo que ha pasado, todo lo que debo entregar, todo lo que no dije esperando el mejor momento que nunca llegó.

✖

Mi abuela paterna fue diagnosticada con Alzheimer en mis últimos meses de preparatoria o en mis primeros años de universidad. No lo recuerdo bien porque un día, de la nada, el diagnóstico apareció. Explicó muchas cosas, eso sí, como por qué en Estados Unidos se salía del departamento y se perdía, por qué rezongaba con que no le habíamos dado de comer cuando justo había dejado el plato reluciente o de dónde habían salido sus pequeñas manías que terminaron siendo imposibles de eliminar. Y eso me trastocó. ¿Cómo podemos olvidar? Mas bien, ¿cómo olvidamos cosas tan básicas, de rutina diaria?

La obsesión por recordar se hizo presente. ¿Cómo me llamo? ¿Qué día es hoy? ¿Cuántos nietos tienes? ¿Qué día es hoy? ¿Cómo te llamas? Pero, ¿qué día es hoy? La cantaleta de todos los días. El miedo se hacía presente de varias maneras, pero casi siempre en llanto y enojo. Sin embargo, algo que me aterraba más era pensar en qué iba a recordar mi abuela de mí si pasamos poquísimos años juntas. Algo egoísta ahora que lo escribo; pero me daba miedo saber que tal vez no iba a recordarme como si eso significara no haber existido.

Otra cosa que me asustaba era que se desconociera y se hiciera daño. Cómo puedes olvidar el cuerpo que has habitado toda la vida. No lo sé, pero sucede. El cuerpo y el rostro se tornan extraños al grado de temerles, de agredirte para defenderte.

Mi abuela vivió sus últimos años olvidando, su cuerpo se acostumbró a trabajar a un ritmo completamente diferente y un día, tras muchas falsas alarmas, dio su último suspiro en presencia de mi padre.

✖

Hay dos cosas, dos temas que me han rondado sin darme cuenta: la ciudad y la memoria. No son intereses que piense en solitario, lo que es una maravilla. C ha estado conmigo desde que la curiosidad surgió. Con ella he recorrido en nuestras conversaciones la ciudad que habitamos desde siempre: lugares chiquitos, escondidos como joyas, escapando de los turistas; iglesias con santos mágicos y fieles en silencio; los mejores antojitos que una podría probar. También hemos hablado como la memoria se parece a muchas cosas, pero no es ninguna de ellas. La dinámica de aprender

y olvidar la conocemos bien por nosotras y por quienes nos han cuidado. Conversamos todo esto como si eso nos salvara del inminente olvido.

✖

Cuando la gente dice que las amigas lo son todo, tienen razón.

La memoria, dicen, funciona en tres etapas: vivir una experiencia, almacenarla como recuerdo y traerlo al presente en caso de ser necesario. Una maquinaria perfecta en el cerebro. Millones de neuronas trabajando. Un proceso donde el orden de los factores importa, es indispensable. Un proceso que

e

rompe y tiene

fallaz. Una máquina

qU3

eNfer

✖

MmMa

7

Días previos a mi tercer semestre de maestría, falleció mi abuelo materno en un hospital rodeado de enfermeras y doctores que intentaron salvarlo. Al menos eso dice mi madre. Su muerte paró mi mundo, uno que nunca imaginé sin él. Yo lo sabía a mi lado en momentos especiales y tal vez di por sentado que todavía teníamos muchos años juntos. No puedo explicarlo con precisión, pero algo en mí se fracturó y a través de esa grieta se escaparon muchas cosas como mis ganas de disfrutar lo que tenía o lo que podría venir. Día tras día me he encontrado en una batalla contra mí misma y mi gigantesca apatía.

Pero de lo perdido, lo encontrado. Supongo. Si mi abuela Cuca me enseñó el olvido, mi abuelo Dionisio me mostró la importancia del recuerdo. Mi abuelo recordaba hasta el dato más raro de la historia del béisbol en su comunidad, de su tradición e historia familiar, de la transformación de su pueblo. Datos que una hubiera pensado insignificantes, para él lo podían cambiar todo. La importancia de guardar cada momento para tornarlo en historia.

✖✖

Hace unos días me observaba en el espejo. Las ojeras se reinstalan debajo de mis ojos rojos. Mi cabello, negro, grueso, largo, se ve desordenado. Pero, la verdad es que, esa rebeldía siempre me ha gustado. Siento los labios resacos, aunque se vean normales. Tengo la mirada en los brazos. Hace algunos años, jugando con mi perro, me hice una cicatriz. Hope y yo estábamos jugando y sin querer, porque qué malicia podría haber tenido, me rasguñó. No fue una herida profunda, pero sí larga. En mi eterna obsesión por arrancarme el pellejo de las heridas que están sa-

nando, me dejé una marca. Mi pareja de entonces me decía que se veía muy mal y que conseguiría una crema para borrarla. A mí me gustaba. Sentía que al verla o tocarla, regresaba a ese momento casi idílico en el jardín bajo el sol. Nunca llegó esa crema. Terminé esa relación. Mi perro falleció. El reflejo, que estudio ahora, ya no tiene esa cicatriz. Es como si mi cuerpo se hubiera renovado y en ese proceso hubiera eliminado ese momento. ¿Mi cuerpo me obliga a olvidar?

✖✖

La nostalgia, aunque tiene una etimología griega, fue utilizada por primera vez por un doctor suizo. Falsamente griega o nostálgicamente griega, como dice Svetlana Boym. Esta palabra tenía la tarea de explicar la grave enfermedad que recorría países europeos, causando en los enfermos «representaciones erróneas que les hacía perder contacto con el presente». Para Hofer la sonoridad de la palabra servía para definir «el humor triste originado por el anhelo de regresar a la patria natal». Sonoridad. Nostalgia: nos tal gia: nos tal hia. Qué delicia pronunciarla. Exagerar los movimientos y sentir la palabra. Nostalgia. Empiezo a creer que es una palabra que usamos sin mucho cuidado, confundiéndola con otras cosas como melancolía o añoranza. Y no es un problema per se, creo, porque entendemos que tiene algo que ver con el pasado, como si ahora, todas y todos tuviéramos diferentes nostalgias. El problema es la manera en que nos relacionamos con ese pasado. Noooooosstaaaalllgia.

✖✖

Aunque no extraño un lugar, moriría por volver el tiempo atrás. Quisiera regresar a cuando mi abuelo materno venía a ver al béisbol porque él no tenía cable. A cuando le pedía a mi mamá que me dejara dormir más tarde para acompañarlo, no le molestaba que yo entendiera muy poco de lo que sucedía. Coca cola light. Cacahuates enchilados o solo salados. En años mucho mucho más remotos, el olor a tabaco. Quisiera volver a ese momento y quedarme ahí. Grabar cada gesto suyo, su voz con todas tonalidades, el tacto de su mano, su mirada, sus movimientos.

Tal vez esa era mi patria. O es una de ellas. Y yo no lo sabía hasta que la perdí.

✖✖

acuerpar ciudad cómic cronotopo cuerpo diagnóstico duelo familia futuropasado mecanismos memorias moda nostalgia olvidos pasadofuturo posibilidades tendencia trayectos síntoma: una constelación naciendo en mi mente.

✖✖

Llevo mucho tiempo pensando en qué me une con mi abuela. Por los años que vivimos separadas, a veces siento como si me inventara recuerdos para tenernos juntas y solo termino confundiendo lo real de lo deseado. Otras veces pienso que, aunque doloroso, nuestra relación está cimentada en las ausencias, los silencios, lo perdido. Cuando L me contó sobre la cartografía que hizo de la casa de su infancia, empecé a pensar en la mía. Ahí me di cuenta que, tal vez lo que realmente me conecta con mi abuela es el espacio. Recorro ese departamento compartido, habitado en épocas muy distintas. Fue suyo primero, luego

mío y, entre ambas, también lo habitó mi papá de soltero. Vuelvo una y otra vez a esa sala de paredes azules, al pasillo infinito y a la cocina diminuta con el teléfono colgado a la izquierda de la puerta (visto desde adentro). Estoy obsesionada con la idea de que habitamos un mismo espacio y eso constituye una memoria compartida más fuerte que cualquier otra cosa. No sé si es extraño, pero me consuela enormemente.

Nostalgia del departamento en la 16 oriente. Imposibilidad del regreso al hogar.

✖✖

Leonor Arfuch habla la ciudad como autobiografía a partir de la idea de que toda biografía «es inseparable de la dimensión espacial, del entorno, el sitio, el escenario donde esos acontecimientos tienen lugar». Se refiere a la ciudad como un punto de encuentro. La leo y yo también quiero ser geógrafa o mejor cartógrafa, recorrer la ciudad y trazar mi recorrido, marcar los lugares que veo, explorar el terreno. En la ciudad confluye y se yuxtaposiciona todo lo que se imagine: lo privado y lo público, lo íntimo y lo colectivo, el lujo y la precariedad, la tragedia y la celebración. Para Doreen Massey, citada por Arfuch, a causa de ser un producto de (inter)relaciones, la ciudad es algo que “siempre está abierto, en proceso de formación, en devenir, nunca acabado”. La permanente construcción de (nuestra) ciudad. Parece una relación de reciprocidad: nos moldea, nos dota de posibilidades, permite expresarnos, conocernos y a cambio la (re)construimos, la nombramos, guardamos su memoria.

✖✖

Para Maurice Halbwachs la memoria individual tiene dos vertientes. Una «donde podemos evocar cuando queremos» y otra donde los elementos «no obedecen a nuestro recuerdo, aunque cuando los buscamos en el pasado parece que nuestra voluntad se ve obstaculizada». La diferencia recae en que el primer tipo pertenece a un ámbito común, llámese familia, amistades, colegas. Al estar en una esfera compartida es más fácil acceder a estos recuerdos. Los que llevan alguna dificultad son los recuerdos meramente personales. Al pertenecernos solo a nosotros no podemos echar mano de nada para traerlos al presente. Sin embargo, los recuerdos de la infancia parecen ubicarse en un limbo. Viendo una foto con mi abuelo materno me doy cuenta que no existe un pasado. Es como si esa fotografía fuera una invención. Pero no lo es porque mi madre llega para contarme todo. Estamos frente a un árbol de navidad, en el departamento de la dieciséis, mi abuelo me toma de la mano y yo llevo un short y un sombrero. Mi *outfit* se debe a que acabábamos de llegar de un viaje que realizamos a Casitas, Veracruz. Según mi mamá, de camino mi abuelo paró a mi papá porque encontró una piñata y la recogió para mí. Supongo que ahora ese será mi recuerdo, el de un abuelo osado para cumplir cualquier deseo, mucho antes de pedirlo.

✖

No puedo trabajar por tener la mente en otro lado, pero tampoco puedo, o no quiero, atender mis pérdidas porque tengo que entregar avances. A me dice que, al final, la tesis termina siendo un reflejo de cómo estamos en ese momento. No estoy muy segura de lo que encontraré años más

tarde al releerme, solo espero ver que amé y me amaron de vuelta, que aprendí a dejar ir, por más que me aferré.

✖

En los últimos días, cada que llega la medianoche, siento un tic en mi mejilla izquierda. Desde la universidad me volví una persona nocturna porque, en mi experiencia, la madrugada es el mejor momento para trabajar. Sin embargo, cada vez aguanto menos. El horario es secundario en este punto. Decía que estoy desarrollando una especie de tic en mi mejilla. Estoy frente a la pantalla, leyendo o escribiendo y, sigiloso, comienza a temblar mi cachete izquierdo. Me llevo la mano, la que sea, al rostro para ejercer presión y ver si eso calma la temblorina. Nada. Sigo trabajando para ver si se pasa. Inhalo y exhalo varias veces. Nada. El hecho de que no pueda hacer algo para calmarlo me pone más ansiosa. Y ahí es cuando el camino se bifurca: o puedo seguir trabajando con la molestia de no poder controlar los músculos de mi cara o me voy a dormir para ver si así se pasa. Los primeros días escogía la primera opción, intentando demostrar que mi voluntad era mayor a mi cuerpo. Solo me llevó a una derrota rotunda. No poder ejercer control en mi propio cuerpo es lo más angustiante que me puede pasar. Sé que es resultado del estrés, eso tan abstracto, pero encuentro forma para contrarrestarlo. Mi mejilla, temblando. El contorno de mi ojo, vibrando. La fecha límite, acercándose. La lista de pendientes, interminable. Decido dormir, nada se puede arreglar así.



Paulina Meyer
Querétaro, México

Cuento de un suburbio

Las rosas saturan al mundo con su perfume. Un viento cálido arrulla al universo. Los rociadores sugieren una cadencia cinematográfica. Decenas de casas immaculadas dormitan sobre un césped perfecto. Todavía se percibe el eco de risas de niños lanzándose a piscinas y del cuchicheo de una comida al aire libre. La calma aplasta al aire. Entre las calles que se bifurcan hay vísceras de aves.

El pitido comenzó como un orgánico dolor de cabeza. A medida que su frecuencia aumentó, causó extremas sensaciones de vértigo y vómito. Eventualmente, la agudeza noqueó a los adultos y reventó los órganos internos de los animales pequeños y los recién nacidos.

Los primeros abrieron los ojos. En el piso, en la sala, en el patio. Todo estaba lleno de hojas de papel dobladas en tres partes y atadas con hilos rojos a globos rojos. El señor X, todavía con la vista borrosa, se arrastró hacia el pliego más cercano y temblando removió el cordón para abrir la nota. Decía “díos mío la cena se quema”.

—¡Díos mío! ¡La cena se quema!— gritó la señora X tras ser despertada por el olor de carne chamuscada.

El señor X se llevó una mano a la boca, cogió otro mensaje. Decía “pone palma sobre boca”. El señor X salió tropezando de su casa. Cuando abrió la puerta descubrió que la oscurecida calle estaba infectada de las mismas hojas dobladas tres veces y amarradas con hilos rojos a globos rojos. El

suburbio había sido adulterado por una sombra y un laberinto carmesí. Entonces el señor X buscó el cielo, tal vez para soltar un grito, tal vez para dirigirle una oración, tal vez porque sentía que algo siniestro lo oprimía. Encontró una estructura rocosa.

La familia Y vivía a tres cuadras de los X. La familia Y estaba formada originalmente de papá Y, mamá Y y el pequeño Y. Pero desde hacía algunas semanas la casa blanca, con su piscina y sus rosas, era habitada solamente por la mamá y el niño Y. Ese nuevo orden gustaba, hasta que el papá Y fue obligado a regresar de su viaje de trabajo y recluírse en el hogar como el resto de los ciudadanos. Tras penetrar por el porche, notó que la calidez y la coquetería de su vieja morada había sido trastocada por una atmósfera fría y oscura. Desde hace unos días que la estructura tapaba al sol.

El niño Y ni siquiera se volteó para verlo. Desde las nueve de la mañana tenía la nariz pegada al cristal. Papá Y sintió disgusto. Su hijo tenía una tonalidad enfermiza y grisácea que recordaba a los reptiles. Papá Y hizo un esfuerzo de paternidad que consideró heroico. Se acercó a su hijo para abrazarlo y preguntarle cómo estaba. Establó small talk penosamente burocrática. Finalmente, el niño calló, regresó a su ventana y dijo:

—Hace mucho que no escucho cantar a los pájaros. No sabía que era así.

—¿Así qué?

—El silencio.

El silencio. Papá Y pensó que eso era justamente lo que

más quería y necesitaba para poder desarrollar su trabajo y no atrasarse por los inconvenientes caseros, pero pronto encontró que la quietud era tal que a veces le perforaba el cerebro. Descubrió que en ese nuevo formato era muy sencillo resbalarse dentro de sus pensamientos y que estos eran ríos profundos. Poderosos cuerpos de agua subterráneos que llevaban a algún tipo de mar infinito y negro. Un día decidió meterse a nadar.

Se atravesaban los días como si se nadara en gelatina. El niño Y se asqueaba de ver la cosa en el cielo y entonces decidía aventurarse por los pasillos de su hogar. Probaba diferentes caminos y estrategias para llegar a ciertos cuartos. Se entretenía en decidir qué enrucijadas tomar y recontaba los escalones de las escaleras. Visitaba a su madre en la cocina y, si tenía suerte, se iba con algún dulce. Bajaba al sótano y subía al segundo piso. Sin querer siempre topaba pared en la oficina de su padre, quien arqueado sobre su escritorio lucía una espalda enorme y una melena cada vez más grande. Papá Y reaccionaba a la presencia del niño con unas cuantas palabras, pero a medida que los días pasaban, el ritmo del pequeño se volvía más frenético y desesperado y su padre comenzaba a responder con monosílabos y gruñidos. Un día, llegó por accidente una pelota dentro del estudio de su padre. El niño Y, temeroso de la ira cada vez más incontrolable de Papá Y, se acercó al umbral lentamente. Antes de que se pudiera asomar, escuchó una silla que chirreaba

violentamente y pasos pesados y sonoros. El niño Y corrió por el pasillo aterrado y entró por una bifurcación. Los pasos lo seguían. Bajo una escalera y luego tomó un camino poco transitado para despistar a su cazador. Portazos. Dio vuelta a la cocina, volvió a subir la escalera y se decidió ante la enrucijada de la derecha. Entró a su cuarto y cerró con seguro. Miró su puerta por varios minutos. Silencio.

Decidió empezar a mirar sólo por la ventana al lado de su cama y bajar nada más que para las comidas. Comenzó a leer los libros de su baúl. Descubrió apasionantes y aterradoras novelas de ciencia ficción.

Cuando bajó a cenar esa noche, su padre lucía triste y pálido. La conversación transcurrió en mute y, como ya era de costumbre, Papá Y se levantó sin mirar a nadie y dejó el plato sucio en la mesa.

Unas noches después, el niño Y fue despertado por una madera que crujía. La puerta de su alcoba estaba siendo abierta con una lentitud extraña. Una sombra alta y con forma de hombre asomó primero su cabeza y luego arrastró un cuerpo grande pero enfermizo. La silueta comienza a acercarse con los gestos de un depredador herido. El niño Y deja salir un grito ahogado y se cubre la cabeza con la sábana. Cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, la opaca luz de una mañana nublada penetra la tela sobre su rostro.

Se quitó la sábana y prosiguió a inspeccionar su clóset y baño. Consultó sus novelas y llegó a una resolución. Eran las 7:16 de la mañana y sus padres seguirían dormidos. Bajó al sótano por aquella amenaza pesada, metálica y fría. Tuvo que reunirse de valor para sostenerla en sus manos.

Tras un desayuno más silencioso y lúgubre que de costumbre, pasó el resto de su mañana en su cuarto leyendo. No

salió ni una vez hasta que tuvo que bajar a la cena. La tenue luz del día ya no lo protegía. Se sentó paralelo a su padre. Sus cuencas estaban hundidas entre ojeras hinchadas y moradas y una frente y unos pómulos cada vez más salidos. Su pelo se seguía transformando en una maraña sucia. El niño Y casi no reconoció a su padre en ese ser inmundo y animal. Sintió asco y se forzó a tragar la comida. Su madre era peso muerto. No obstante, pudo ver por un segundo una vitalidad en sus ojos que le dio una vaga sensación de esperanza.

Esa misma noche, el niño Y fue despertado por un horrible dolor de cabeza. Sintió la cara húmeda y quiso secarse lo que suponía sudor. Al verse las manos, descubrió que se había embarrado de sangre que salía de su nariz y oídos. El pitido se hizo reconocible cuando su frecuencia alcanzó el rango perceptible para los humanos. La jaqueca ahora le nublabla la vista, se tomaba la cabeza temiendo que le fuera a explotar. Los ojos querían salirse de órbita. Antes de perder el conocimiento, una silueta oscura, monstruosa y sin dimensión irrumpió con agresión al cuarto y chocando con su cómoda, comenzó a convulsionarse y le dirigió una última mirada perdida y frenética que pudo reconocer.

Cuando el papá Y despertó, descendían papeles doblados tres veces y atados a globos rojos por hilos rojos que llegaban al suelo. Le tomó un rato recordar donde estaba. Se sintió tan pesado que parecía que se había pegado al piso. Hizo un esfuerzo supremo para tomar la nota más cercana a su mano derecha. Tras remover el hilo, la desdobló. Decía “una bala le perfora el cráneo.”

Regresó a la ventana, la estructura se había ido.

Mapi Díaz
Puebla, México

GIOC

Milo Manara, 1983.
Mujer siendo raptada, máquina
sexual, ciencia incierta.

Esposo
desconsolado. Chip de control
burocrático, deseo oculto
pasiones intranquilas.

— Damas y caballeros: Claudia
alargadas piernas.
(o Ramona, Bertha, Lucía, Jimena...).
Nuevo Androide que limpia tu casa,
tus sueños sexuales, por sólo \$9.95

(aplausos)

(aplausos)

Unos labios
rojos sonríen.

NO LLEGUES TARDE

El puesto de periódicos estaba sobre un camellón, que hace apenas unos años, había estado cubierto de árboles pachones. Con el gobierno que siguió, por cuestiones de infraestructura, habían sido suplidos por macetas, robustas y chaparras. El periodiquero fumaba sentado en una silla mientras hablaba por teléfono. Se veía en paz, mantenía un gesto monótono. José Luis Méndez lo había estado observando desde la banqueta. Había caminado tres calles antes de empezar a desayunar para comprar el periódico *El Universal* por segunda vez en su vida. La primera vez fue cuando sacó su primera nota, estaba emocionada y lo llamó: José Luis, ve a comprar el periódico inmediatamente. El periodiquero no dejaba de hablar por teléfono. José Luis no quería importunar, quizá estaba hablando con su amante después de algunas semanas sin comunicación, pues su esposa había sospechado sobre esa aventura que había durado años. O quizá era su hermano que llamaba desde Estados Unidos de vez en cuando. Quizá debía regresar a casa, bañarse, olvidarse de esa nueva nota y salir a trabajar.

Se hacía tarde. El periodiquero acabó su cigarro, lo arrojó al suelo y mientras lo pisaba, terminó la llamada. José Luis cruzó la calle, escogió el periódico. Qué clima. No recibió respuesta. ¿Habría notado que lo había estado viendo desde la banqueta? Sacó diez pesos de su

bolsillo. Hasta luego. Mientras caminaba buscaba la página 10. Otra vez una pequeña foto en la parte superior de la nota. Su cabello estaba más corto. Hace cinco años, la última vez que la vio en el alto, su cabello era largo y negro, ya no era rubio. Güerita. El blanco y negro no ayudaban a distinguir el color, podría tenerlo rojo esta vez. Cerró el periódico, pero después de avanzar una calle, no pudo contenerse y lo abrió para leer la nota. Era aburrida. Nunca entendió ese lenguaje extranjero que ella ocupaba con el resto del mundo. Un mundo mil veces ajeno. Ya no hables así.

En la mesa estaba un tazón de lentejas con plátano frito, tal como no le gustaban. Una nota. No olvidas llevar a Pepe con su abuela. Salgo a las 6, no tardes en llegar por mí. Metió las lentejas ya frías en el microondas y mientras esperaba, buscó otra vez esa foto en la página 10 del *Universal*. Una erección, inevitable y vergonzosa. Su primera noche en ese departamento, ella había estado ahí. Era verano porque había caído un aguacero y ella se quejaba de los mosquitos que se metían por un hoyo que había en la ventana del cuarto principal. José Luis, tengo miedo, seguro alguien le disparó a la ventana, ¿sabes? A veces creo que me vas a disparar. Podía sentir su vientre abultado cuando la abrazaba de lado. Deberíamos tener un hijo.

Esa noche quiso imaginar escenarios donde terminaban juntos, aunque sabía que cuando despertara, José Luis

Diana Rojas
Puebla



iba a seguir casado y Rebeca regresaría de su viaje de negocios en Monterrey con un balón en el estómago. Un balón llamado Pepito. José Luis sacó una cerveza del refri, buscó en la Sección Amarilla su nombre, entre las A... Anita, o Ana. Su apellido resonó en su mente. Y en la cuarta línea la encontró. Al principio estaba nervioso, pero conforme sonaba el teléfono, podía sentirse más seguro. Un poco por el recuerdo de verla afuera de su casa a las 3am. Porque Anita siempre estaba hermosa y también siempre dispuesta. Contestó. La llamada fue muy corta, y tras diez años sin hablar quedaron en un café a las 5. José Luis trataba de no pensar. Pensó. Estaba desempleado desde hace unos días ¿de eso hablaría con ella? De cómo desde sus 29 años no había durado más de un año en un trabajo. Y ella sonriente, le tomaría la mano y diría: "con calma Pepito, ya llegará el día en que uses trajes y corbata". Nunca llegaría.

Sala Principal

Lina Martínez
Puebla, México
Ig: @lina_luna

Ansía el perdón.

Póstrate ante verdugos sin rostro.

Huérfano rebaño
en busca de clemencia
perdida entre susurros.

Lágrimas carmesí
se derraman libres a la luz.

Que los pecados te consuman
derretido por la gravedad.
La inocente calma del abismo
al pie del segundero.

Ultimátum.

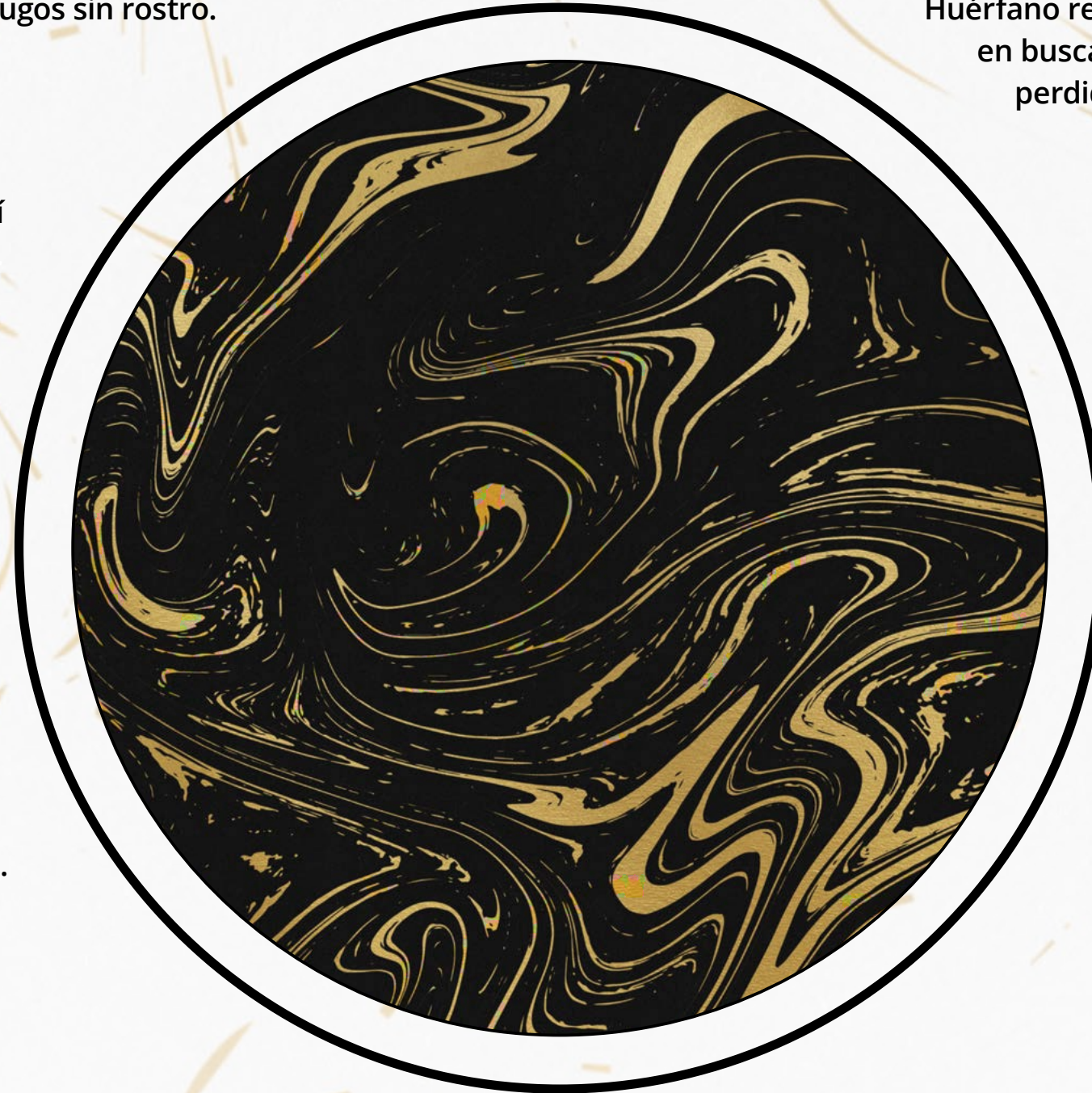
Almas
deambulando
entre carne podrida.

Cicatrices de expiación
devoran la suciedad de los cuerpos.

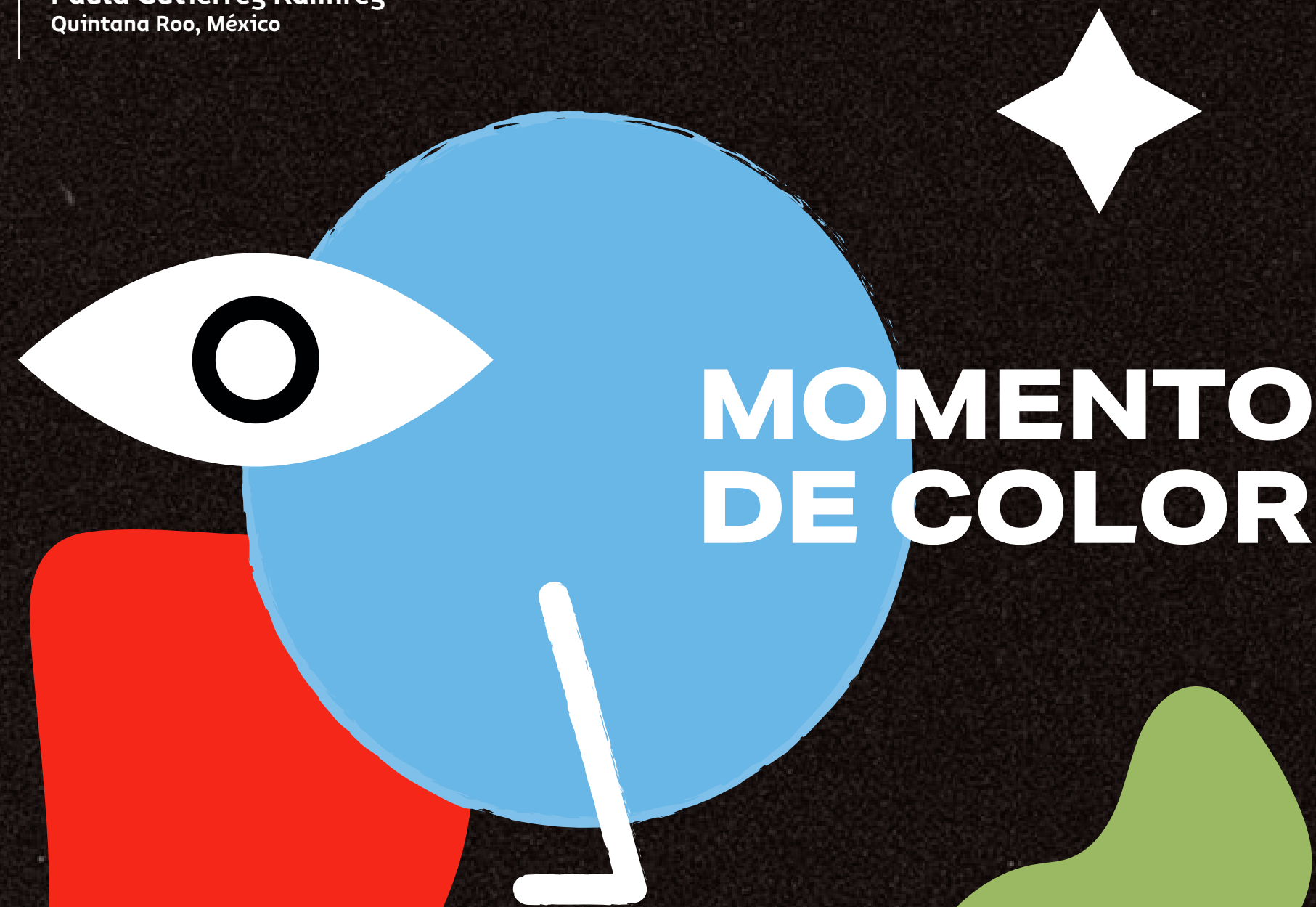
Ovejas desmembradas
por los dioses.

Entre la oscura negación
la esperanza disuelta.

El Infame vigilante de las estaciones.



Paula Gutiérrez Ramírez
Quintana Roo, México



MOMENTO DE COLOR

La vida es a color. Cursi, bobo, ridículo, sí. ¿Exagerado? Sí, si se tratara del slogan de una película dramática. La vida se ve en color, para otros. Tú la percibes a color. Mucho mejor que no ver nada. "Si hubieras perdido la vista a una edad en la que se logra entender lo que se está perdiendo, ¿no habrías elegido color en lugar de la nada?", le dices a los que te preguntan. La mayoría asiente en silencio.

Primero viste nada. No recuerdas el momento exacto, el año en el que lograste ver colores. No como creíste, no como antes cuando sí veías. Tampoco es como lo que sucedió después, cuando preguntaban "¿Negro, blanco, sombras?". No, sólo no viste. Negro y blanco son colores, tú no veías nada. No entienden, claro. Tampoco tú entenderías. "Fanfarrón" eso dirías frente a alguien como tú. No parecía posible, no hay explicación científica pero tampoco nadie que le crea al ciego que ve. 'Ver' no es el verbo, pero no hay otro. Dejaste de ver nada.

Tratas de no desesperarte. Tienes que ser paciente, escuchar las constantes pero bienintencionadas preguntas de los entrometidos que "sólo quieren entenderte". Entonces, lo que menos te molesta son las preguntas; sabes lo que es poder ver, simpatizas con esa curiosidad de una ceguera súbita.

Les dices, "deja me explico, a un día verde no le sigue de uno azul". Luego piensas que aunque hay personas de colores, la vida no es un cuento de Elena Garro. Hay emociones visibles en algún lugar que no es el cerebro ni los ojos. "Cuando hablo con gente que quiero, hay destellos de azules; cuando me estreso, naranjas y amarillos; cuando me siento en paz, colores pasteles y neutros... pero las figuras siempre cambian."

La mezcla de colores y formas se alinean con los ruidos que te rodean y no se detienen hasta conciliar el sueño cada noche. Molestos como una luz ruidosa que no se va, aunque cierres los ojos, porque para ti no hay diferencia entre abrir y cerrar.

Los sueños siempre van sin puntos medios entre el gusto y el horror. Ahí hay recuerdos borrosos de las últimas personas que alcanzaste a ver, cada vez más deformes, y los rostros sin cara de aquellos a quienes no viste antes, pero esto no sucede tan seguido. Ya no. Cuando no hay pesadillas, sensaciones enteras, sin niebla. Los abrazos de tu abuela marcados por un azul intenso, las olas del mar verdes, una música violeta de fondo.

En medio de estas conversaciones hipotéticas, recuerdas cuando tu mamá te dejó irte con Fren en tu cumpleaños diecinueve. Cómo cambiaban sin parar los colores: por la emoción rosa de salir sin tus padres haciéndote sombra, la intensa curiosidad amarilla y azul de no saber a dónde te llevaban, mezclada con ansiedad anaranjada que se oscureció a rojos cuando Fren te dijo que habían llegado al parque de diversiones. Nunca te habías subido a una montaña rusa. Fren lo sabía.

El pánico te paralizó un largo rato. Escuchabas claramente los gritos y las carcajadas de la demás gente, la música de diferentes atracciones al fondo y encima de esto la voz de Fren tranquilizándote, animándote a que pruebes una vez.

Sonríes al recordar tu acelerada respuesta. Obvio tenías miedo; a cualquiera le da miedo al inicio. "¡Pero si ni siquiera puedes ver a dónde vas, cuándo te van a dejar caer, de qué altura!". Y te ríes ahora porque te convenció diciendo que cerrarías los ojos toda la vuelta. Fue el mejor día de tu vida. Desde entonces no ves ese arcoíris de figuras iluminadas, fuegos artificiales de adrenalina.

A tu edad, sigues viviendo con tus padres. Todos tus hermanos fuera y tú aquí, en la misma habitación. Si te concentras sabes dónde está el peluche del oso Bimbo que no has pelado en años y que a los seis no soltabas, o el modelo de ferrocarril con el que jugabas con tu papá todas las tardes previas al accidente. Te molesta ese sentimiento de encierro, esa sensación que te ha perseguido por años.

Decides ir a ver a Fren. Por tu cuenta. No vive lejos. Vale esforzarse un poco, aunque no les guste, aunque te dé miedo y a ratos te guste que no les guste. Algo les has de probar; a ti también. Buscas las llaves de la casa en la mesa de la entrada pero no las encuentras. No importa, traes la cartera en el pantalón, tu bastón y tu teléfono. Hacia la salida comienzas a ver figuras coloridas parpadeando. Por la calle todo se hace más tenue, amarillo, te envuelve un sentimiento más seguro. "¡Aguas!". Te detienes en la banqueta sin cruzar la calle esperando el sonido de un coche estrellado. Nunca pasa. Escurre de la cabeza a la cintura. Sientes la frente helada y hueles a jabón. Esperas las carcajadas de la gente mientras ves figuras naranjas y rojas aparecer en tu cabeza. Ves negro.

Daniela Navarrete
Ciudad de México

Astenia

Desperté bañada en sudor, el pulso tan fuerte que podía sentir la cabeza estallar. Me faltaba el aire, e intentaba recuperarlo a bocanadas, como si me estuviera asfixiando. Las imágenes del sueño seguían frescas en mi mente; mis manos con el cuchillo, el pescado muerto. Luego mis dedos en la banda. La sangre en las vísceras ajenas. Mi mano que deja de sangrar se pone negra... después todo mi brazo.

Aparté las sábanas con pánico para sentarme en el extremo de la cama; sabía que sólo era un sueño y aun así sentía que las paredes se cerraban a mi alrededor para aplastarme. El cigarro que encendí se consumió en el cenicero. Cerré los ojos.

Uno... tres... cinco... siete... once... trece... quince... dieciocho... veintiuno...

Dejé de escuchar mi corazón. Miré el techo hasta que amaneció.

Se repitió todas las noches durante un largo mes.

Seguía yendo a trabajar, cansada y de mal humor. Turno de nueve horas y media, el constante olor a pescado y el frío de los refrigeradores. Cabeceaba en el camino de regreso, perdiendo la parada. A los pocos días se me cerraban los ojos frente a la banda, ya no alcanzaba los cuerpos resbaladizos de las tilapias. A la semana ya había parado la producción tres veces por lo que me mandaron llamar y me recomendaron —con una sonrisa impaciente— tomarme unos días, que se volvieron semanas y eventualmente, la firma de mi renuncia.

Me quedé encerrada en casa; no tenía a dónde ir, ni a quién visitar, y estaba dispuesta a no pasar por esa desagradable experiencia de nuevo. Para mantenerme despierta, ordené mis pocas pertenencias y limpié todo lo que podía ser limpiado; pasé un trapo sobre las superficies, dejé las ventanas relucientes, aspiré debajo de la cama y los sillones, cepillé las navajitas del rastrillo y las ranuras de la coladera. Cambié los muebles de lugar, para darle otra apariencia al departamento, nada me convencía. Poco a poco mis opciones se fueron agotando hasta que llegué al refrigerador que no podía mover sola. Lo abrí, había unas

cuantas cosas. Decidí ir de compras.

Perdí la noción del tiempo y al salir fue como si estuviera en un lugar completamente distinto. Las calles vacías, apenas iluminadas por el alumbrado público, me parecieron extrañas por la falta de autos. Aún más el silencio al que no estaba acostumbrada, que disfruté, a cada segundo más tranquila. No estaban quienes normalmente disfrutaban de lo que yo no, y no verlos me hizo todavía más ajena.

No recordaba cuándo fue la última vez que no tenía pensamientos erráticos ni temores estúpidos. Era como si la quietud de la noche hubiera borrado el cansancio acumulado del último mes; podía respirar sin dificultad, mi cuerpo se sentía liviano, mi mente despejada, como si la visión del cielo nocturno me diera un empujón a seguir.

Vagué por las calles, vi los pequeños detalles que de día nunca había logrado ver y para mi sorpresa encontré un súper 24 horas que no había visitado antes. Conforme lo recorrí me di cuenta de que aquel sentimiento de amplitud que noté al entrar se debía a que los pasillos estaban desiertos, algunos anaqueles se veían un tanto vacíos. Podía escuchar la música con claridad y el molesto chirrido del carrito al avanzar. Recorrí los pasillos, esperando a cada vuelta encontrarme con alguien más, parecía que a esa hora, era la única por ahí. Al llegar a la caja, un hombre de unos setenta y pico cobró los productos sin mirarme y murmuró el total a pagar.

Algo en mí creía que, al salir, aquella ilusión habría desaparecido, pero la oscuridad seguía ahí, esperando a mostrarme lo que ocultaba. Seguí explorando las calles, miré los edificios, los árboles estáticos. Aquella versión de la vida me intrigaba y de alguna manera, comenzó a emocionarme.

Cuando por fin regresé al departamento ya estaba amaneciendo y tras poner todo en el refrigerador, me dejé caer en la cama. Quizá era por el largo paseo que acababa de dar, pero me sentí más cansada que nunca; mi cuerpo cedió a las sábanas y, a pesar de que el miedo a despertar como siempre pasó por mi mente, cerré los ojos con la intención de disfrutar al menos unos cuantos minutos.

Al despertar, mi cuarto estaba completamente iluminado.

Me quedé en la misma posición, pensando qué era lo que había pasado.

Había dormido.

No sólo un par de minutos, sino horas.

Al levantarme la pesadez ya no estaba ahí, menos el dolor de cabeza. Me miré al espejo con una extraña sonrisa. Mi cara aún tenía las ojeras, pero miraba a una persona diferente. Parecía que la luz de la tarde no sólo iluminaba la habitación.

Empecé a dormir de día.

Al principio me resultó extraño acostarme a las ocho de la mañana, rostro y dientes limpios, como lo haría cualquier noche, pero poco a poco los rayos de sol que se filtraban por las cortinas y la conversación de los vecinos comenzaron a arrullarme. No me despertaba a causa de una pesadilla, sino de forma natural cuando mi cuerpo lo necesitaba. A veces me quedaba en la cama mirando el atardecer y me levantaba a las cinco a desayunar.

Después de unos días de calma, recordé la realidad y me di cuenta de que debía encontrar una forma de adecuar mi vida a la de todos los demás. Lo principal era encontrar un trabajo; el dinero que tenía ahorrado no duraría para siempre, así que busqué todas las vacantes con horario nocturno. Fui a algunas entrevistas, en su mayoría de compañías de transportistas, pero no era lo que buscaba. Pasé muchos días enviando solicitudes en línea; tenía tanta energía que ya no importaba si el puesto tenía horario nocturno o no, y después salía a recorrer las calles, sentarme en alguna banqueta a fumar y mirar el cielo, esperando a que el día empezara de nuevo.

Pasaron tres semanas y no obtuve ninguna respuesta. El mail seguía vacío. El fantasma de la fábrica me observaba desde lo más profundo de mis recuerdos y prefería salir a pasear antes de considerar volver. Fue en uno de estos paseos que me encontré con el anuncio.

“Se busca mesera, horario nocturno. Informes al número.” Sentí que soñaba.

Arranqué el anuncio del poste y volví a casa con la intención de llamar. El teléfono sonó una...dos...tres...

Un hombre con acento me contestó y me explicó que su restaurante-bar estaba teniendo más clientes estos días y estaba contratando. Parecía que nadie más había llamado aún por lo que acordamos una cita un par de días más tarde. Se despidió, esperando verme pronto.

El lugar tenía un nombre similar a una cadena de restaurantes de alitas y hamburguesas y cuando lo busqué en internet descubrí que era bastante popular entre los extranjeros del área. Aquello no descartaba que pudiera ser un lugar extraño, por lo que el día de la entrevista tomé más precauciones y me pasé media hora revisando cuáles podrían ser mis rutas de escape. Estaba en el segundo piso de un pequeño edificio; se

podía llegar en elevador o por unas cortas escaleras. La entrada tenía grandes ventanas que dejaban ver el interior oscuro y solitario, que más tarde descubrí, se iluminaba con una gran cantidad de pantallas y luces.

Vince me esperaba tras la barra. La primera impresión que tuve de él fue que se parecía a ese hombre italiano que sale en la tele haciendo pasteles, e inmediatamente me sentí tranquila a su alrededor. Durante la entrevista me contó que su sueño siempre había sido abrir un restaurante fuera de Australia y que ahora estaba cumpliéndolo con aquel bar.

Una hora más tarde ya había firmado un contrato y hablamos sobre las formalidades del trabajo; estaría ahí cinco días a la semana con dos días de descanso a mi elección, con horario de ocho treinta p. m. a tres y media de la mañana. Aún tenía que entregar algunos papeles, pero podía empezar el día que quisiera. Vince me entregó un sencillo uniforme y se despidió dándome la bienvenida al equipo.

Esa noche me medí el uniforme para verlo desde todos los ángulos y me sentí como una niña con ropa nueva. Al verme al espejo descubrí de nuevo aquella extraña sonrisa y me hizo pensar que nunca me había sentido así por un trabajo; la planta pagaba bien, sí, pero cada día me deshumanizaba más. Nunca había disfrutado un trabajo, todo se resumía a acumular la mayor cantidad de dinero posible para seguir, costara lo que costara, por lo que me asustaba que este lugar resultara igual.

A pesar de ese pensamiento, los nervios del primer día, fueron reemplazados con todas las cosas nuevas que tenía que recordar: el orden de las mesas, llevar más de una bebida en las manos, estar atenta a la cocina y el bar, entregar los menús en las mesas, limpiar y ordenarlas si estaban desocupadas, repetir todo.

Las primeras semanas fueron las más difíciles; llegaba a casa exhausta, con los pies hinchados y los brazos adoloridos, pero conforme los días fueron pasando, las actividades se volvieron más sencillas, rutinarias. Al dejar de preocuparme, comencé a hablar. Nunca había hablado tanto en mi vida; sobre el clima, las noticias, mis platillos favoritos, los lugares que me gustaría visitar. En la barra siempre había alguien dispuesto a hablar sobre lo que fuera, mientras disfrutaban de un whisky o una piña colada. Al cerrar, nos sentábamos en la calle a seguir hablando; sobre el trabajo, nuestra salud, cómo nos imaginábamos que seríamos en el futuro. La conversación seguía hasta que algunos se iban; tenían familias con las que volver, otros tantos un trabajo al que ir, unos pocos como yo, solo regresaban a casa a dormir.

El recuerdo de la fábrica llegaba de vez en cuando, pero la plática era suficiente para empujarlo de vuelta, junto con aquel sueño, a lo más oscuro de mi pasado.

Sergio Santillán
Puebla, México.

MICROFICCIÓN I

Una noche,
tirados en esa oscuridad nuestra,
me dijo abrazado de mí:

¿Me prometes vivir 500 años
para estar conmigo toda la vida?

Fue tanto su ahínco,
que tuve que decir que sí.

“¿Por el dedo?”

“Por el dedo”

Sentí ternura y vergüenza.

Pasó el tiempo:

nos graduamos,

volvimos a vivir juntos

tuvimos un perro.

Yo conseguí un gran empleo

y él viajó por el mundo.

Me casé,

tuve un hijo,

lo apadriné;

me divorcé

murió nuestro perro

y vi crecer a mis nietos

emocionados por las historias que les contaba él.

Empecé a perder la vista,

él la memoria,

y así, entre una cosa y otra;

compartimos una vida larga y feliz.

El día que cumplí 500 años

me tumbé bajo un árbol:

una oscuridad tan familiar

la sombra de las hojas

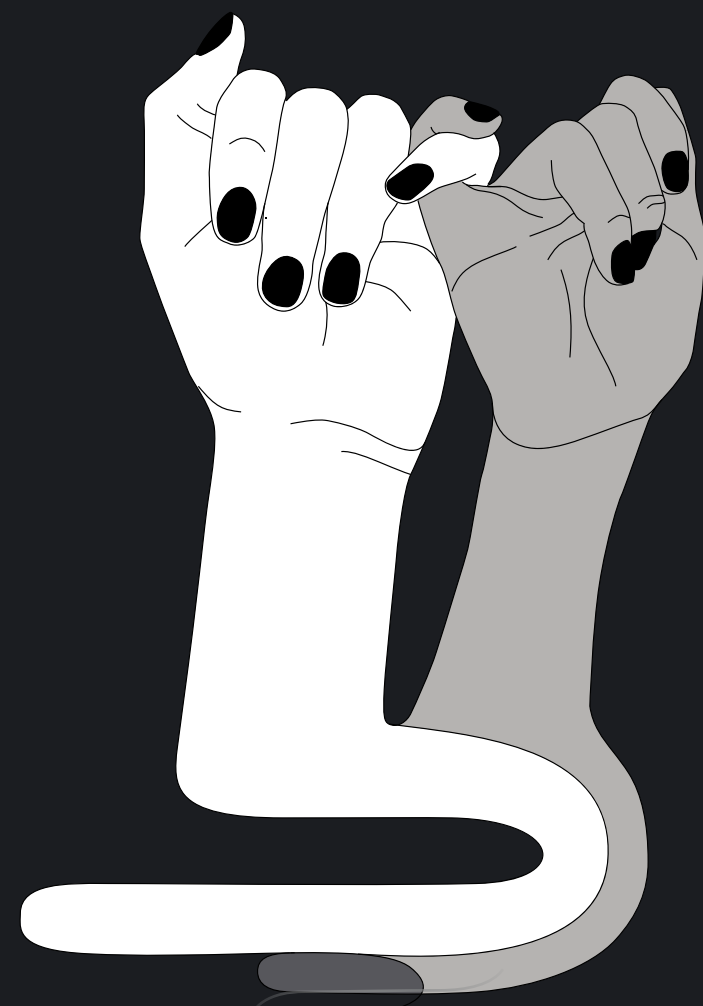
y la ceguera de una vejez expirada;

y pensé en lo único de lo que me arrepentí toda mi vida:

haber olvidado

pedirle también

que me prometiera vivir el mismo tiempo que yo.



Carolina Aranda Cruz
Ciudad de México

Nudo

El nudo en la garganta
traga mis palabras.
Es negro y sabe a llanto.

El tiempo no alcanza,
llanto sofocado.

La vida continúa.

El nudo en la garganta.



Fernanda González
Puebla, México

Una para mí

*la boca todavía me sabe a ceniza,
puedo sentir todas las palabras que quemé
y me arden los labios con reclamos.*

eso pasa cuando dejas de ser daño colateral y te reconoces como explosión.
deja de escarbar en las cicatrices esperando encontrar una disculpa.
eres fuego, eres energía, eres el material más precioso del mundo,
ardes de manera infinita, determinada.
ardes porque tienes que hacerlo
no pidas disculpas por eso.

*se siente la adrenalina de ser,
de existir a propósito.
no recuerdo por qué dejé de hacerlo.
llevo años escribiendo disculpas,
al menos tres diarias,
pero ninguna era para mí.*

te acostumbraste a la ambigüedad de un cuerpo
que no sabe cómo existir sin pedir perdón,
que no entiende la infinidad en la que se mueve,
que se creía ciego,
que se veía como nada.



*no sé qué significa ser un todo.
es más fácil dividirme en partes,
ser de poquito en poquito.*

tienes tiempo.
eres eterna,
no hay prisa.

Beatricia Braque
Estridentópolis

alpha draconis.

al entrar a una realidad hostil los corredores de la memoria se tornan cada vez más angostos. un caudal de imágenes se vierte sobre el pensamiento. me revisto de simulaciones inconexas, me recorre la invención del pulso.

me abrazo a los escombros de mi vida anterior.

los cuerpos se interpretan al abrazar la densidad

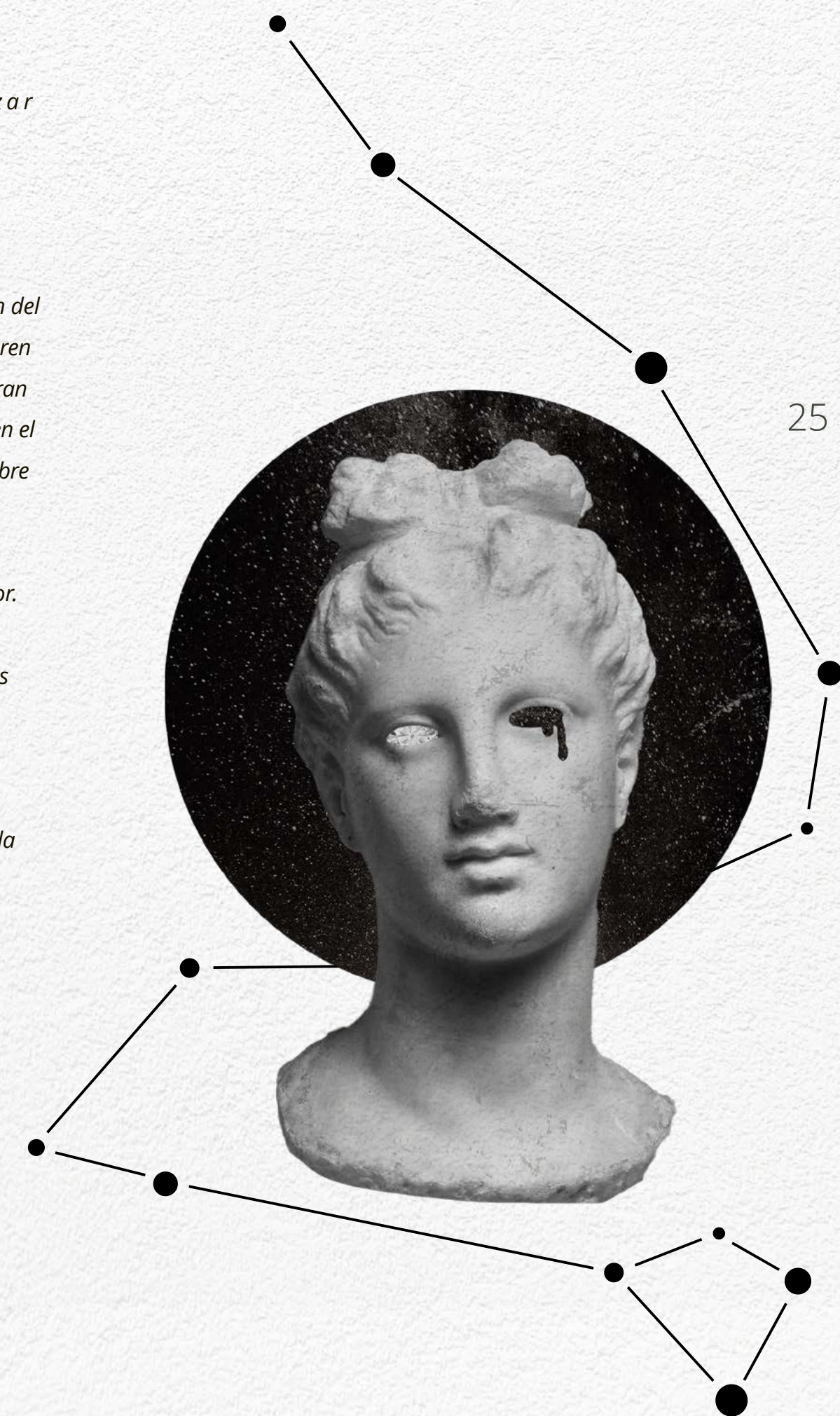
al sujetar la turbia cadencia que los debilita.

existe un mundo donde todos poseen mi rostro y se alimentan del daño. cultivan, cortan, condimentan y devoran el daño. lo cubren con metales y piedras preciosas, le erigen templos frágiles. adoran el daño. se postran ante él y murmuran palabras impuras. dicen el daño. se flagelan con deleite para dibujar fervorosas sendas sobre su piel. celebran el daño.

otra yo despierta y se pregunta si existo. me recorre un temblor. las interrogantes se atraen con un magnetismo cruel. ¿esto es existir? la mirada modifica cada objeto que toca. la realidad es solo la cara visible del prisma.

la frustración de esta idolatría me mantiene alerta. las zonas oscuras de la razón retroceden. mi mismidad se adhiere a cada una de las aristas y se desdobra en inciertas posibilidades. me desprendo de aquella piel cubierta de escamas.

¿esto es existir?



LAS TECLAS DE MI PIANO



Ana Arcaraz
Ciudad de México

Mi abuelo siempre dijo que la Ciudad de México era como una pintura, con lunares preciosos y alrededores oscuros. De un tiempo para acá todo parece difuminarse. Un dron filma la ciudad y todo se ve diferente. El Ángel de la Independencia ya no brilla como antes, desde lo alto, un cúmulo de cadáveres en bolsas de plástico se asoman detrás de la columna. Las paredes inundadas de frases en color fosforescente. A lo lejos, la fuente de la Diana cazadora borbotea chorros de sangre; y la gloriosa estatuilla con el arco caído, yace en el piso.

11:00 pm

Han pasado poco más de 5 horas desde que María se sentó en el banco de aquel viejo piano; el espejo detrás de ella ya está empañado y parece no sentirse sofocada, al menos no hasta entonces. Una balada de Chopin inunda los pasillos del Conservatorio Nacional de Música. De repente un trino, diferente a la melodía golpea la tapa del piano. María contesta el teléfono.

- Sí mamá, ya vi.
- No, no me di cuenta de la hora.
- Ahorita me apuro, no pasa nada, Sergio tiene mi ubicación.
- Rápidamente María recoge todas sus partituras y las guarda en su vieja mochila de cuero.
- ¡Maríaaaa!— se escuchó a lo lejos.
- Wey, ya es tardísimo mi mamá me va a cagar.
- Verga wey, me avisas cuando llegues ¿sí?

Mientras camina, María abre WhatsApp y le escribe a Sergio -un emoji de corazón- era algo entre ellos dos, nunca

nadie pudo entenderlo, pero siempre le hizo feliz recibir ese mensaje, y pensar en cómo quedaría entintado por siempre en su piel.

3:30 am

Un tumulto de policías se aglomeran alrededor de una vieja casa amarilla. Fotografías: los padres de María mostrando una imagen y explicando cómo iba vestida -una falda negra, una blusa color mostaza y el cabello al hombro-; declaraciones mal escritas y con faltas de ortografía; la ubicación del teléfono se había quedado pasmada justo a medio camino.

- Verga wey, estaba guapa la morrita— dijo uno de los policías.
- Pues sí. Si por eso acabó así pata
- Una risa grupal y el olvido.

En fortísimo

Al principio, un piano es brillante, acogedor y vibra con pasión; con el paso del tiempo las desafinaciones llegan y rompen esa atmósfera. Eso ocurre cuando algo se pierde, como el globo que un niño pequeño deja ir, el aire se esfuma y no vuelve jamás. Es algo paulatino como quedarse dormido, casi sin darse cuenta. Imagino a María como un piano listo para un recital. De pronto, cuando todo está listo, este cae. Rodando bajo el escenario, perdiendo su grandeza. Deshecho ya en el piso, con sus teclas rotas y las cuerdas tronadas, aún suena. Queda el eco, para siempre. La caja de sonido cercenada y sus patas desmembradas.

Sinfonía Op. 55 n. 3

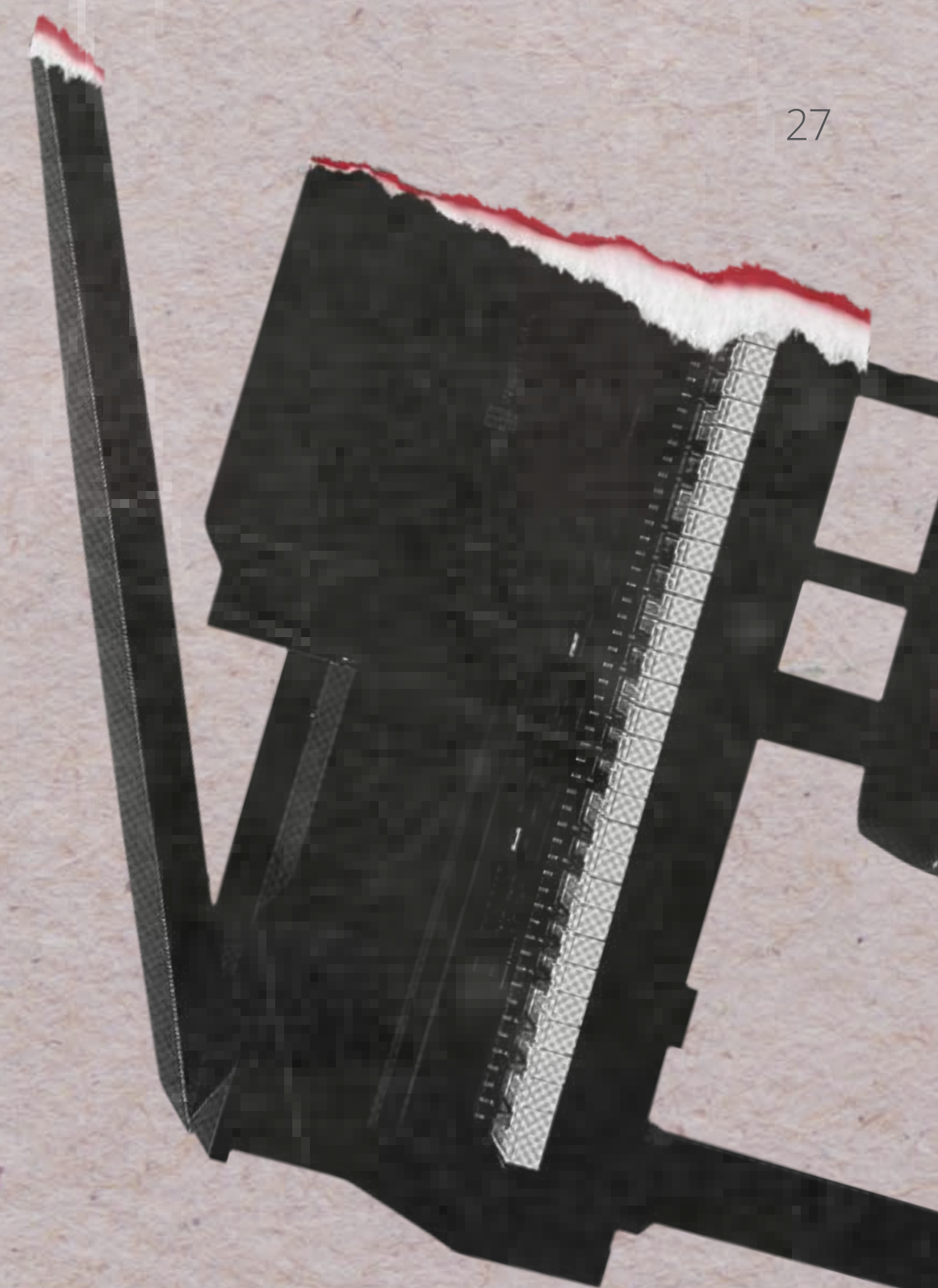
Han pasado tres meses desde la desaparición de María. Desde entonces, nadie sabe qué pensar. Todos actúan raros, distantes, se sienten culpables. La gente que la conocía no entiende lo que pasó, después de todo siempre había sido rara. Siempre metida en un cubículo, se encerraba casi ocho horas en ese viejo piano. No tenía muchos amigos, siempre su piano. Seguro había sido su culpa, murmuraban ciertas voces.

Pasó el tiempo y María no fue la única. Jess fue encontrada asesinada a lado de una vieja carretera el 08 de abril de este año. Desmembrada y metida en una maleta, estaba llena de heridas, los brazos llenos de cortadas, como si hubiera tratado de defenderse. Ese día hicieron el homenaje más grande hasta ese momento. Las calles oscuras, brillaban con pequeños lunares de fuego. Ni una más, decían.

Doridey fue desaparecida el 02 de mayo de 2019, Fátima el 22 de junio, Lluvia el 01 de noviembre, Karina el 17 de diciembre. Todas están muertas. Asesinadas de formas atroces, violadas, drogadas y torturadas, como seguramente también le paso a María. Pedazos de teclas en vez de un cuerpo. ¿De qué sirve defendernos entonces? Pero debe haber otra forma de acabar con todo esto. Yo no me dispongo a morir. No ahora, no por cualquier cosa.

De pronto, sinfonías de mujeres marchan por las calles. En corcheas un do menor suena melancólico; miradas de enojo, en lágrimas y con pañoletas verdes. Reforma inunda sus calles de teclas, y todas vibran en la misma sintonía. Al llegar al ángel explosiones de color manchan las paredes. Como al principio, se leen miles de frases en verde fosforescente, en negro y rojo sangre: somos el grito de las que no tienen voz. Y a lo lejos, entre todas las letras se distingue "un emoji de corazón". Después de todo, alguien hablaba ahora por María.

Es una marcha fúnebre que inunda a la ciudad con su dolor. La ciudad también debe ser desmembrada, las teclas y las cuerdas tienen que tronarse, es la única manera. La única manera de que María, Jess, Karina, Lluvia, Amanda, Lucía, Ova, Andrea, Ingrid, Valeria, y todas no queden en el olvido. Y así fue, cada rincón de la ciudad se convirtió en esa misma oscuridad, los lunares se difuminaron y solo la ciudad se mantenía nítida en sus recuerdos. El dron vuelve a volar. Hace una panorámica. El Ángel de la Independencia ya no brilla como antes, desde lo alto, un cúmulo de cadáveres en bolsas de plástico se asoman detrás de la columna. Las paredes inundadas de frases en color fosforescente. A lo lejos, la fuente de la Diana cazadora borbotea chorros de sangre; y la gloriosa estatuilla con el arco caído, yace en el piso.



María José Andrade Gabiño
Puebla, México

CINCO DIEZ

28



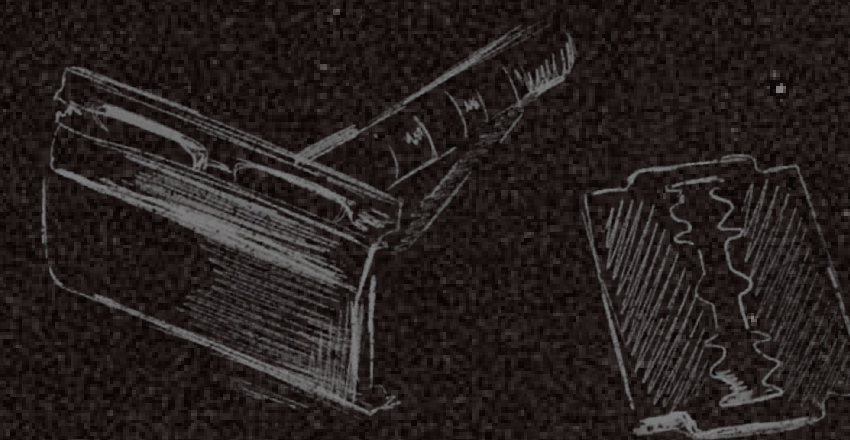
Tres sentidos
snap
dos
cinco palabras y 10 páginas
código binario de
mamadas
tal vez el baño esté bien
verano
cochinadas y tenis rotos
la voz de Turner a lo lejos
no he vivido todo lo que tengo que vivir
Fluorescent Adolescent se disuelve
la cadera duele
spells
spells
so blind
pierna con pierna
y una puerta de madera
cinco segundos
tal vez no
nadie lo veía venir
diez diez diez
vamos a caminar
el pasto está mojado
cinco de segundo
una cajita de maderitas
la transparencia
sí eres mujer, eres Karla
sí eres hombre, espero que seas alto
eléctricos
olores
madera
y una infinidad de cicatrices
cómo el nombre son toques en la puerta
tirados en la sala
vamos a dejar marcas en la mesa
dijeron que temiera
ni una palabra tuya
lamiste el cuello
reconocemos los cuatro de cinco
nadie puede comerme
qué pedo con la fricción de la alfombra

vamos a poner atención

imagina que imaginas
la

no te vayas a enojar de los pelos gatunos
loop y cosas rotas
algo del libro debajo del colchón
tenemos cinco, diez
cuatro de cinco
encendedor rojo carretilla
y boca de fresa
cierta luz
una piedra en el infierno
el electro encéfalo al final
y me escapé de mi casa para verte entre azucenas
con el mismo rastrillo
bugambilia quitagripa quitaganas quitasostenes
quitaganas quitacolorrojo quitaarañas
querido
espabila
el escarabajo no puede tocar mi piel
tu piel
chance y sobre mí, insensible
ahórcame cien por ciento consentido
quita las putas citas, Pedrito
y hazme
cuatro de cinco
repetid
Nosotros Nosotros
derrítete
ojalá escribas
hay algo bajo la mesa
un dedo imaginario
yo te corto la barba
el asiento perfecto
la escena perfecta
la cama perfecta
el contacto perfecto
cuchilla contra ti
diez palabras, cinco páginas

29



«TENGO LA MANO TERRIBLEMENTE
AGARROTADA

EL CUARTO MUNDO, DIAMELA ÉLTIT



ESPORA